

TIEMPO LOCO

Lunes, garbinada,
martes, con gabán:
miércoles, a cuerpo,
jueves, como Adán.
¿Quién entiende el tiempo?
Eso, Dios dirá....

MORALEJA:

Por más que diga el Observatorio Fabra
este tiempo está más loco que una cobra *

Áncora

Año VII

S. FELIU DE GUIXOLS, 18 FEBRERO 1954

N.º 321



'LOS SANTOS VAN AL INFIERNO'

DE GILBERT CESBRON

Traducido por Tristán la Rosa y con el número 77, Ediciones Destino, S. L. nos ofrece la versión española de «Les saints vont en enfer». Con un año de retraso nos hemos leído la obra, aparecida en enero de 1953. Año de

retraso que no ha robado al tema ni un ápice de su apasionante actualidad. Sigue aún la prensa, especialmente la francesa, hablando de los sacerdotes obreros, tema central de la obra que nos ocupa. Si el libro pudo

ser en su día espejo exacto que reflejó el pro y el contra de una nueva forma de apostolado, pregunta al lector, interrogante a la consecuencia, queda hoy como documento vivo, imagen donde afianzar y comprender las dispares opiniones que suscita y suscitó esa nueva extensión del sacerdocio. La Santa Sede no ha pronunciado aun su última palabra; se ha limitado a prohibir a los 90 sacerdotes obreros existentes las jornadas completas en las fábricas, el afiliarse a Sindicatos [y el actuar con independencia de sus Parroquias. Parece ser, y siempre ateniéndonos a las noticias aparecidas en la prensa, que la Iglesia rubricará la opinión sustentada por el Cardenal de Lila, Monseñor Llenart: « Ser sacerdote y obrero son dos funciones distintas; dos modos de vida diferentes».

Pero sea cual fuere el final de la controversia e independientemente de ella, «Los santos van al infierno» nos resultará siempre una obra profunda y valiente. Valiente en el tema, profunda en la visión de sus personajes. Reales o imaginados, discurren por las páginas del libro con vida auténtica, con realismo impresionante, prisioneros y desbordando el mísero barrio de Sagny. Barrio donde se dan cita las más crueles circunstancias del vivir, donde lo abyecto y lo perdonable se dan la mano; jentre los hierros de un dolor cualquier alcaolide puede parecer justificable!

La angustia atenazante del obrero sin trabajo, del padre de familia sin casa, la de la madre que sólo puede ver una maldición en cada nuevo embarazo, la del niño triste sin jardín donde jugar y que aprendió a llamar parque a un patio abandonado, porque en él, desafiando miserias y rigores, creció un árbol solitario, la desesperante monotonía de las largas jornadas de duro trabajo, el miedo de las persecuciones de los que están rozando la Ley, el azote de las

enfermedades, del frío, todo ello se vive en Sagny y en el corazón del Padre Pedro, en su anhelo incesante, en su lucha para tratar de aliviarlo, en un estar presente siempre; la mano tendida la mente, vigilante. Ayudar, redimir dolores de todas clases, ser uno con los que sufren, con los que luchan y uno de ellos es la única y plural consigna del sacerdote-obrero. La tarea es impropia; la caridad, en su urgencia inaplazable, exige su primacía al rezo; y en aras de la comprensión, de la identificación con sus catecúmenos, el Padre Pedro tiene que usar los puños y duras palabras. Quizá, sea este contrasentido la causa de que cunda en él el desaliento, aquel sentirse indigno de consagrar pan y vino con labios y manos que perdieron suavidades, con la voz que olvidó el rezo de tanto gritar las bienaventuranzas. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia ¡Bienaventurados los que sufren persecución! Y, ante esas dudas, ante ese asomo de indignidad, que hacen temblar al Padre Pedro, —uno más entre los desesperados del barrio,— uno duda, a su vez, y no sabe si gritarle: ¡Adelante!, la verdad está en tí, y con tu fe puesta en ella la paz finalmente te será dada, o avisar: ¡Cuidado!, ¡Alerta!, el nuevo camino, quizá sólo tenga al final una puerta cerrada. Pues, en verdad, si la obra no logra convencernos del beneplácito de Dios a los novísimos misioneros, es la ausente paz, la dudosa serenidad, la fe y aceptación excesivamente frágiles de cualquier Padre Pedro sobre el peregrinar de su nuevo apostolado. Aunque, en realidad, el final no es más que un bello gesto de fe y acato y una blanca cinta de esperanza.

Cesbron con maestría nos conduce, describe y analiza la trayectoria de cada alma en la sucesión de sus diarios avatares. Conmueve la miseria, y sobrecoge la angustia de equivocarse los

Sintoniz

Seamos agradecidos

Partiendo de un artículo que de nuestro colaborador señor Bardas publicamos días pasados y ahondando un poco más el tema de la carta que desde Nueva York nos propuso rendir a Gaziél el homenaje de simpatía y afecto que bien lleva merecida la dedicatoria de su libro «Una vila del vuitcents», apuntaba nuestro redactor Xavier la semana pasada la conveniencia de que la ciudad instituyera su Día Mayor—por así, interinamente nombrarlo de algún modo— para dedicarlo todos los años en glosa y homenaje a cuantos, de una forma u otra, siendo o no guixolenses, hayan prestado a la ciudad un señalado servicio.

Siguiendo como quien dice la misma tónica de las ciudades mayores que tienen instituida su Medalla, tiende en nuestro caso esta iniciativa a lograr unos mismos efectos: dar ejemplo de que sabemos ser agradecidos, única forma que en lo humano existe para esperar otras dádivas y recibir nuevos favores, aparte de que por encima a ello nos obliga el más estricto sentido de justicia.

Por lo que a esta publicación respecta, sabe el lector que hace días pusimos ya en práctica cuanto venimos diciendo, que otra cosa no representa nuestro «Archivo de cortesías» donde se consignan y públicamente se agradecen cuantas palabras son dichas o escritas en honor de la ciudad o en elogio de sus instituciones.

Por tanto, la institución del «Día de Gracias» que nuestro compañero Xavier propugna, sería realmente, a nuestro modo de ver, un gran acierto.

Esta jornada podría todos los años dedicarse a la glorificación de cualquier suceso reciente, tanto como a la exaltación de cualquier acontecimiento más lejano. Y su proyección, lo mismo podría referirse a la celebración en común de cualquier éxito guixolense en sus más diversos aspectos, como a celebrar una conquista y, por ende, a rendir público testimonio de agradecimiento hacia aquellas personas que la hicieron posible.

La idea está lanzada. Ahora solo importa que seamos recogerla.—POL

camino para aliviarla, de redimir, porque enarbolar la bandera de un amplio anhelo de bien jamás fué bastante.

L. d'Andraitx

7 DIAS

Semana zoológica : Ratones, serpientes, cerdos.

El ratón Mickey en la lista negra

Cuenta la Radio que en el Berlín oriental se ha procedido a la requisita de libros escolares procedentes del Occidente. Y que todos ellos han sido confiscados, especialmente los del ratón Mickey. Por lo visto, Mickey es un capitalista y un reaccionario. Lo sospechábamos; es la primera creación de Walt Disney, y en los veinte años que lleva de vida, se ha aclimatado en exceso al ambiente burgués. Se ha vuelto conservador. Por eso le convenia una depuración.

Serpientes en el Juzgado

Un periódico gabacho sitúa la cosa en Egipto, país de culebras (que por eso se marcharon de allí los descendientes de Faraón). En los archivos del juzgado de una ciudad egipcia, comenzaron a anidar algunas serpientes. Los sustos que se llevaban los empleados al retirar algunos legajos o expedientes no son para descriptos. Al fin dijeron que, o les limpiaban aquello de bichas, o no trabajaban más. La policía, requerida, repuso que ella no detenía serpientes sino criminales. ¿Com ho farem? Solución: dos encantadores de serpientes quedaron encantados de poder realizar la labor de saneamiento. ¿Sabían Vds. que los encantadores perciben la presencia de los oficios por el olor? Comenzaron a olisquear como sabuesos, y ¡zas! serpiente por aquí, serpiente por allá, en una hora el archivo quedó limpio y la justicia restablecida en su trono de papel.

Cerdos para rato

Y un rotativo español informa de que en Huelva se ha sacrificado un cerdo que pasaba de los cuatrocientos kilos de peso. La noticia tiene su miga. Nosotros no hemos visto nunca cerdos tan grandes, excepto en la época de los estraperlistas.

Vale la pena, empero, considerar el difícil manejo de esos animales, o por ejemplo, su posible utilización como reses bravas. Una corrida de cerdos no estaría mal: nosotros somos aficionados a los toros, quién lo duda, pero para variar un poco no estaría mal una corrida de cerdos. La crítica podría contener, luego, párrafos tan substanciosos como el siguiente:

«Segundo, por nombre Jamonero. Bronco, flojo de remos, aquerenciado al tres. De entrada permite a Chacinerito de Málaga lucirse en cuatro apretadas verónicas. Cumple con los caballos, y admite dos refilonazos y medio. Chacinerito se arrima al stuido sacando la teleguilla manchada de manteca. Se perfila y cobra una media desprendida que basta. Salchichón, vuelta al ruedo y salida a los medios. Se le conceden los dos jamones.»

Ulises